
No olvidamos a nuestros estudiantes

Arturo de la Torre Frias

Doctor en Educación. Docente-investigador del Centro de Investigaciones Pedagógicas y Sociales de la SEJ.

arturo.delatorre@cips.edu.mx

Este año celebro mi mayoría de edad como docente: 18 años frente a grupo. En realidad, no era mi intención convertirme en maestro, tenía más de 30 años de edad cuando tuve mi primera experiencia como docente. Desde entonces he vivido múltiples experiencias con *estudiantes inolvidables*.

¿Qué hace inolvidable a un estudiante?, ¿es acaso alguna situación que llene de orgullo al maestro o un suceso tan difícil que deje una marca en el ánimo del docente?, ¿son los casos de éxito o de fracaso?, ¿son aquellos estudiantes con quienes se logra una fuerte amistad o aquellos casos que parecían perdidos? Considero que cada docente tendrá sus razones para tener presente y no olvidar a algunos de sus estudiantes.

Como humanos, es un hecho que no es posible recordar todo lo vivido ni a todas las personas que hemos conocido, aún más, ser maestro implica conocer a cientos de estudiantes, tal vez miles, durante una vida. Ante esto, ¿qué es lo que hace que recordemos con mayor énfasis a unos más que a otros? Primero que nada, se trata de seres humanos que entran en contacto con nuestra vida, un contacto que implica una función de *autoridad* sobre la vida de otros. En este sentido, recordamos a los estudiantes por que son nuestra *responsabilidad*.

La palabra autoridad proviene del latín *auctoritas*, derivado del verbo *augere* que significa aumentar, hacer crecer, magnificar. Este origen nos remite a la singularidad de la autoridad que implica acatamiento u obediencia pero no sustentada en la coacción ni en la persuasión, sino en un reconocimiento legítimo por parte del que obedece en relación con el que manda (Pereda, 2017, p. 13).

Los estudiantes son inolvidables porque son nuestra responsabilidad, la cual es adquirida por la autoridad que poseemos sobre ellos, es decir, porque somos responsables de su formación, de su crecimiento, de su aprendizaje. Como docentes, ejercer la autoridad es hacer todo lo posible para que aumenten, crezcan y magnifiquen aquello que son como seres humanos.

En este mismo sentido, Savater (2016), expresa que autoridad no debe confundirse con autoritarismo ni con tiranía; autoridad “significa ‘lo que hace crecer, lo que ayuda a crecer’”. Por lo tanto, se define como aquello que ayuda a crecer bien” (p. 74); autoridad implica educar para la autonomía y para la libertad. Ahora bien, ¿cómo olvidar a alguien a quien se le enseñó a ser autónomo y a ser libre?, en todo caso, olvidar a los estudiantes sería olvidarnos de nosotros mismos, de nuestra función que como docentes hemos aceptado.

Es un hecho que como docentes no recordamos a todos nuestros estudiantes, más es posible que sean inolvidables aquellos que hemos visto crecer. En mi caso, mi experiencia está en la formación de estudiantes de educación superior, universitarios y normalistas, así como con estudiantes de especialidad, maestría y doctorado; y para describir lo que recuerdo de ellos necesitaría un libro entero.

Recuerdo a estudiantes con quienes he vivido todo tipo de experiencias, es decir, con quienes he compartido mi vida. Me encuentro muy alejado de la idea de que la función del maestro es enseñar y la del estudiante es aprender. Soy cercano a la idea de que nuestra vida se compone de nuestras experiencias y de nuestras experiencias con otros (Dilthey, 1949), por lo que reafirmo que, olvidarnos de nuestros estudiantes es olvidarnos de nosotros mismos.

Con los estudiantes compartimos lo más valioso que tenemos, nuestro tiempo. Somos humanos en el mismo barco, viviendo una vida donde cada uno nos formamos a nosotros mismos (Ferry, 1990), ellos como estudiantes y nosotros como docentes. No olvidamos a los estudiantes porque son parte de nuestra vida, porque son nuestra vida.

Recuerdo a quienes fueron mis primeros estudiantes, un grupo de 10 o 12 jóvenes inscritos en la Licenciatura en Administración de Empresas; si mal no recuerdo, fui su padrino de generación. Hace no

mucho tiempo me encontré con uno de ellos en un evento organizado por el SNTE, se había convertido en maestro y ahora éramos colegas.

Recuerdo cómo, por sugerencia de una maestra, algunos de mis estudiantes se organizaron para colaborar económicamente para que uno de sus compañeros no dejara la universidad. Recuerdo cómo un grupo de la Licenciatura en Educación Preescolar se enfrentó a la adversidad para terminar sus prácticas y su Informe de Prácticas Profesionales, cuando se decretó la emergencia sanitaria de 2020.

Hay muchos estudiantes de los cuales no recuerdo sus nombres, algunos me han saludado repentinamente y he tardado en recordarlos, y en algunos casos nunca supe quiénes eran. Se trata de estudiantes que ahora nunca olvidaré.

Hay un lugar especial en mis recuerdos para mis estudiantes que ahora son maestros. Hace unos días un joven que fue mi estudiante me habló para decirme que saldría del país y dejaría su trabajo en una primaria pública, lo cual era difícil pero no lo más difícil. Su preocupación era uno de sus estudiantes, un niño de cuarto grado que no sabía leer ni escribir. Me habló para pedirme que le consiguiera a alguien que le diera seguimiento a ese niño. Aquel niño se había convertido en un estudiante inolvidable para mi ex alumno que ahora era maestro.

Muy en especial recuerdo a una estudiante que me mostró el mundo de la sensibilidad pedagógica. Ella me hizo cambiar el rumbo de mi carrera como docente. Ella es ahora una maestra de educación básica y superior que admiro.

Cada estudiante es alguien único e irrepetible, cada uno una persona distinta y digna de recordar, aunque la memoria de los maestros no logre retener a todos. Recuerdo una anécdota narrada por Van Manen (2003) sobre la importancia de recordar el nombre de los estudiantes, algo que para ellos implicaba tener existencia para el maestro. También recuerdo otra anécdota narrada por él mismo, en relación con estudiantes que llaman nuestra atención hacia sus vidas más que otros. Se trata de algo que tiene más que ver con nosotros que con ellos.

Desde un punto de vista ontológico, para que exista el maestro es necesaria la existencia de estudiante; no son posible el uno sin el

otro, ambos son parte de una vivencia intersubjetiva que se objetiva en la institución educativa (Dilthey, 1949).

Desde un punto de vista epistemológico, para explicar el rol del docente es necesario explicar el rol del estudiante; no es posible entender a uno sin el otro. Ambos comparten vivencias, reflexiones, sentimientos, pensamientos, los cuales se encuentran de tal forma relacionados que estudiar a unos no es posible sin estudiar al otro. Axiológicamente, docentes y estudiantes adquieren virtudes, y en ocasiones vicios, de forma conjunta. Ambos son una unidad que se fortalece y crece para el bienestar humano. Es por esto que, no es posible olvidar a nuestros estudiantes; son inolvidables porque han transformado nuestras vidas.

Referencias

- Dilthey, W. (1949). *Introducción a las ciencias del espíritu*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ferry, G. (1990). *El trayecto de la formación*. México: UNAM/Escuela Nacional de Estudios Profesionales Iztacala/Paidós Educador.
- Pereda, C. (Editor). (2017). *Diccionario de justicia*. México: Siglo XXI.
- Savater, F. (2016). *Los diez mandamientos en el siglo XXI*. México: Debolsillo.
- Van Manen, M. (2003). *Investigación educativa y experiencia vivida*. España: Idea Educación.